

XIII

Andrés Lasso

XIII

• ANDRÉS LASSO •

Capítulo 1

Los Hechos

La luna brillaba en el punto más alto de una fría y blanca noche de invierno, mientras la nieve golpeaba con una sutil timidez el rostro de Molly y los pequeños copos se colaban por un gran agujero en la cima del antiguo puente de madera que separaba el bosque de las montañas. El agujero era tan grande que a través de su madera podrida se distinguía la completa redondez de la pálida luna que brillaba aquella noche.

La pequeña de diez años no dejaba de tiritar, podía sentir como el viento helado entraba por su pijama y recorría sus piernas hasta llegar a su nuca. No sabía dónde se encontraba, ni como había llegado hasta ese tenebroso lugar, el sonido de los árboles que se tambaleaban en un constante vaivén y el crujir de las ramas, hicieron que recordara el cuento de Hansel y Gretel, el cual trajo consigo el recuerdo de una oscura pesadilla, que hizo que introdujera su cabeza entre sus piernas como un avestruz lo hace en la tierra.

En su sueño se encontraba en una casa de dulces en medio del bosque y llamaba a gritos a sus padres, pero ninguno de los dos apareció para espantar el mal que había despertado por comer uno de los dulces de las paredes exteriores.

Pequeñas lágrimas empezaban a brotar de sus brillantes ojos violetas, la triste tonada de los árboles fue interrumpida por las gruesas pisadas de unas pesadas botas que al chocar con las ramas producían un sonido de un hueso desquebrajándose,

Molly se cubrió los ojos, se inclinó un poco más su cabeza, intentando recordar el rostro del hombre que la había raptado, y al cual su cerebro no lograba darle una forma clara. En lo único que podía pensar era en que le quedaba poco tiempo de vida y que terminaría como los siete niños asesinados en el último año. El miedo la hacía pensar que pronto estaría en todos los diarios del país o estelarizando las noticias de las siete, aumentando así la lista de niños muertos y siendo una variable más en la investigación de su padre.

La noticia de los niños asesinados fue conocida en gran parte del estado de Oregon y aunque las autoridades trataban de mantener todo en un profundo secreto, un informante anónimo reveló algunas fotografías al principal diario de Salem, quienes sin respeto alguno por las víctimas

publicaron la noticia, generando pánico en varias escuelas del condado.

Algunas ciudades levantaron un toque de queda para menores de catorce años señalando que cualquier niño que se encontrara solo en las calles sería inmediatamente llevado a la comisaría.

Molly se enteró de los asesinatos que venían ocurriendo, justo la noche anterior a su desaparición, mientras se encontraba cantando y bailando al ritmo de sus caricaturas favoritas, aquella de dos hermanos sumamente inteligentes e hiperactivos que creaban cosas extraordinarias, y que con frecuencia ponían en riesgo la vida de sus amigos y de su hermana; esta última quería delatarlos con su madre, pero siempre fallaba y el show terminaba con los niños jugando inocentemente en su patio trasero. Y mientras la pequeña Molly cantaba y bailaba por toda la sala de estar, saltando de un sillón a otro, por accidente empujó el mando a distancia del televisor que reposaba en la mesa de centro, que cayó al suelo haciendo que la televisión cambiara abruptamente al canal de noticias.

Molly se detuvo inmediatamente, miró fijamente a la presentadora de noticias, pensando que era realmente hermosa, pero pronto sus pensamientos se nublaron por algo que había escuchado de la maestra de artes, quien cada semana les contaba cómo fracasaba en sus audiciones para entrar a ese mundo que tanto criticaba. Molly realmente no entendía la moralidad de su maestra pero había llegado a la conclusión que ese mundo no era lo que parecía, que era como una obra de teatro en donde todas las personas que allí actuaban portaban máscaras, ocultando sus verdaderos rostros. La presentadora de ojos azules, llevaba su cabello sujetado con una extensa cola, un vestido ceñido de color blanco, con un pequeño globo de color negro que reposaba sobre el cuello de su vestido como distintivo. y sus labios color rojo pálido, hablaban sobre la muerte aún sin resolver de siete niños a lo largo y ancho del estado.

En un principio Molly prestó poca atención a las palabras de la presentadora, intentaba alcanzar el mando de la televisión que se había escondido debajo de la mesita que soportaba el televisor, huyendo de ella como un gato asustado. La pequeña quería saber cómo el ornitorrinco verde frustraba los planes del farmacéutico con complejos de conquistador, la emocionaba esa parte del programa, imaginaba que su padre al ser un prestigioso detective, tenía misiones igual de emocionantes que aquel ornitorrinco, y en un último esfuerzo antes de llamar a su madre para que le ayudara, logró tomar el mando y apuntarlo hacia la televisión, y justo cuando iba a poner de nuevo sus caricaturas, vio en la pantalla el rostro de un niño regordete, con sus mejillas rojizas y llenas de pequeñas pecas.

Los ojos de Molly se dirigieron inmediatamente a los ojos de la fotografía del niño que se empezaba a distorsionar cuando ella se acercaba a la pantalla. Se sorprendió al descubrir que había alguien más con sus ojos,

los doctores aseguraban que eran pocos los casos registrados con síndrome de Alejandría. Antes de que pudiera ver el nombre del niño al pie de la fotografía, la imagen a cambió, la siguiente era una niña pelirroja quien mostraba en su sonrisa la falta de dos dientes, y al igual que el niño de la primera fotografía poseía los mismos ojos, una tras otra, cinco fotos desfilaron frente a sus ojos como si tuviera que elegir una de ellas para ser coronado el festival de otoño. Aunque Molly era una niña sumamente inteligente para sus diez años, su mente no lograba comprender porque todos los niños con ese color en los ojos estaban muriendo. Aunque Molly solo tenía diez años sabía muy bien el significado de la muerte que ya se había llevado a tres seres importantes en su vida: El primero había sido su abuelo paterno, luego fue su abuela materna, quien había muerto de una trombosis severa en la granja de su abuelo donde había crecido mamá y el último su hermano no nato; producto de un aborto una noche muy fría, decían que el niño no se había alcanzado a formar bien y que realmente no había muerto un ser como tal, comoquiera había devastado a su madre quien por varios meses lloró a solas en su cuarto, donde la encontraba Molly cada vez que regresaba de la escuela.

Los ojos color miel de su madre se contorneaban de un rojo lagrimal y su nariz se contraía en microciclos de aire, que perturbaban a Molly, quien no entendía bien lo que estaba sucediendo, pero una noche su padre le explico lo que sucedía con los sentimientos de mamá. Una vez ella comprendió lo que estaba pasando, decidió hablar con mamá y darle todo su apoyo.

Cuando la noticia de los niños terminó, tomó el control remoto y puso de nuevo las caricaturas, con la intención de llenarse la cabeza de una melodía pegajosa del programa, pero éste ya había terminado, por lo que apagó la televisión y corrió hacia las escaleras, subiéndolas mientras daba pequeños brincos entre los escalones y escuchaba a su mamá a lo lejos pidiéndole que no corriera por ellas. Al llegar a la segunda planta se dirigió hacia su habitación, tomo su mochila y saco de su interior un cuaderno con la imagen de Phineas y Ferb descansando en el árbol de su patio, acto seguido, buscó entre sus cosas un bolígrafo y empezó a escribir cada uno de los nombres de los niños, frente a cada uno de ellos, puso el lugar donde habían sido encontrados los cuerpos y por último el pueblo o la ciudad a donde pertenecían. Tomó hacia un globo terráqueo que tenía sobre el escritorio donde hacía sus tareas y empezó a marcar cada una de las ubicaciones con un marcador color rojo. Le sorprendió ver que al conectar los puntos estos hacían una proyección donde tal vez atacaría el asesino y lo que más le inquieto fue descubrir que era en Portland.

Llena de temor y luego de meditarlo por unos minutos decidió que esa misma noche cuando llegara su padre a casa le preguntaría por el caso. Estaba casi segura que no le diría nada y que el solo hecho de cuestionarlo lo molestaría, pero en lo único que podía pensar era en saciar su curiosidad. Lo primero que intentó fue preguntarle a su madre antes de

la cena (Molly sabía que su madre era mucho más receptiva a sus ideas que su papá quien aunque la amaba con todo su corazón no podía evitar actuar como un policía), pero esta vez todo fue diferente, esa noche su madre evitó el tema; aconsejándole que no pensara en esas cosas. Molly vio el temor en el rostro de su madre, tal vez sería porque el último asesinato había sucedido a las afueras de una ciudad vecina, pero esta respuesta negativa de su madre no la hizo desistir de averiguar la verdad, ahora su curiosidad era como un gigante que intentaba tocar las estrellas del firmamento, decidió enfrentar a su padre en medio de la cena.

La mesa estaba adornada con un mantel de rosas rojas que rodeaban la silueta circular de la misma y un pequeño florero en el centro con unas margaritas recién cortadas llenaba de vida el comedor. Molly ayudó a su madre a colocar los cubiertos y los platos, la cena era uno de sus menús favoritos; pasta con carne molida.

Justo cuando Molly iba por su segundo vaso de jugo Salvatore llegó a cenar, era tarde y venía con una cara muy cansada y abatida. Le dio un beso en la frente a su hija y se sentó en el comedor, mientras Amanda le sirvió un vaso de jugo helado, que bebió en tan solo un instante hacia una semana que había asumido total control del caso de los niños asesinados y al igual que su hija había encontrado el patrón utilizado en la muerte de los niños.

Salvatore era un hombre de cuarenta años, sus ojos eran verdes como el color de las esmeraldas, su nariz era un poco larga y parecía el pico de un águila bebé, a ésta la acompañaba una desordenada barba que había brotado después de varios días de extenuante trabajo. Desde muy joven había sido conocido por su gran agilidad en seguir patrones delictivos y se había especializado en las investigaciones de John Douglas sobre las motivaciones de los diversos asesinos seriales del país. descubriendo en muchos un común denominador: los fetiches sexuales. Había toda clase de aberraciones, desde hombres que asesinaban a mujeres obesas, prostitutas y niños; hasta otros que se las comían o tenían relaciones sexuales con los cadáveres de sus víctimas.

La mayoría de estos casos se remontaban a traumas infantiles, muchos de aquellos asesinos sufrieron de violencia en su infancia, pero Salvatore sentía que el hombre que estaba asesinando a esos niños era muy diferente a todos los que habían investigado en el país los últimos cincuenta años. Cuando descubrió que niños similares a su hija estaban muriendo, le imploró al jefe Castro que lo involucrara en el caso y aunque éste se negó en un principio, luego de una larga negociación decidió delegarle el caso.

—Lamento la tardanza, las cosas se complicaron un poco con el último

niño.

Al decir estas palabras Amanda miró con desaprobación lo a Salvatore, señalándole a Molly quien se había sentado en una silla junto a su padre.

—No deberías decirle niño al hijo de los Anderson, ya está lo suficientemente grande para que lo llames así. (Amanda le guiño un ojo a su esposo, incitándolo a que le siguiera la corriente.)

—Disculpa tienes razón y después de lo que le hizo a ese hombre por robarle la billetera, me temo que pasará muchos años en la cárcel, pero ya no hablemos de eso, ¿Molly qué tal la escuela hoy?

Molly tardo un poco en responderle a su padre, tenía miedo de preguntarle por las cosas que había visto, sentía que al igual que con su madre tendría una respuesta negativa.

—Fue un gran día papá, aprendí la tabla del 21 ¿Quieres escucharla?

—Estaría encantado hija, aunque... ino sabía que había tabla del 21!

—En realidad no existe pero los niños de la escuela están aprendiendo la del siete y esa ya la sé, así que empecé a multiplicar otros números, cuando terminó la clase llegué hasta la del 21. —Molly vio el rostro sorprendido de su padre quien con una sonrisa le pidió que empezara con las operaciones matemáticas.

La niña recito la tabla del 21 sin vacilar y sin equivocarse en ningún número, no hizo la menor cara de duda al recordar los números en su cabeza, estos venían uno tras otro encaminándose hacia su lengua y saliendo por su boca, cuando terminó de decir correctamente las operaciones, su padre la abrazó y la levantó por los cielos, mientras gritaba que tenía a la niña más lista de la tierra. La puso de nuevo en la silla donde la había levantado y la pequeña emitió una larga carcajada.

Mientras se reincorporaba de las risas, su padre bebió un trago de jugo y la miró de nuevo, ella sabía que no había un mejor momento para preguntarle sobre lo que vio en las noticias; así que disparó su pregunta sin vacilar, como un vaquero que desenfunda su arma y no espera que su contrincante saque para matarlo a balazos.

— ¿Papá porque están muriendo niños como yo, por todo el país? —La pregunta voló por la mesa como un pequeño avión de papel que aterrizó en los oídos de Salvatore, quien empezó a toser.

— ¿De qué rayos hablas Molly? —Respondió conteniendo su tos.

— Vio un reporte en las noticias. —Los interrumpió Amanda que estaba sirviéndole la cena a su esposo.

— Sabes que no debes ver esas cosas.

Salvatore miro a su hija con la severidad con la que interrogaba a los sospechosos, arqueo una de las cejas esperando que este gesto terminara la conversación que su hija quería tomar sobre el caso de los niños.

— Papá todo fue por error, pero quiero saber porque esos niños murieron.

Molly empezó a describir a cada uno de los niños, aunque no se había fijado en otro detalle aparte de los ojos, sabía exactamente cómo eran y cómo se llamaban. El primero que vio fue a Billy Carson, cuyo asesinato había ocurrido un año atrás, la niña Katherine Coleman fue la siguiente cuatro días después de la muerte de Billy Carson.

—Molly lo único que te voy a decir y espero cerrar el tema con esto, es que pronto capturaremos a ese monstruo e iré a la cárcel a pagar todo lo que ha hecho.

Con una extraña resignación en el corazón, Molly recibió las palabras de su padre como una orden inamovible.

Luego de cenar Salvatore llevo a su hija a la cama, antes de acostarse oraron como siempre lo hacían y la pequeña le pidió a Dios por el descanso eterno de aquellos niños, le pidió que cuidara de su padre, su madre, y del abuelo Jonás, de la abuela Clare y de Roco el perro ovejero de su abuelo materno. Al terminar la oración, Salvatore la beso en la mejilla y la arropo hasta el cuello.

—Papá ¿podrías leerme un cuento? —Le dijo Molly antes de que este saliera de la habitación.

—Estaría encantado. —Le respondió.

Salvatore tomó uno de los libros de la pequeña estantería al rincón del cuarto, cerca del escritorio de las tareas y del armario donde su hija guardaba su ropa.

Era el libro de ricitos de oro, el más corto que Molly tenía, le encantaban las historias de las princesas, pero eso no la detenía para leer libros tan gruesos y complejos como un libro de física avanzada. La lectura fue muy breve, porque en tan solo unos minutos los párpados de Salvatore empezaron a caer hasta el punto de cerrarse por completo, pero un beso tierno en su mejilla lo hizo recomponerse del cansancio, Molly lo abrazó y le dijo que lo amaba y acto seguido se dio vuelta entre sus mantas.

Salvatore se puso de pie, camino hacia la puerta de la habitación, apago la luz y miro a su hija descansar plácidamente.

Salvatore camino hacia su habitación, mientras recordaba la estricta crianza de su padre Frank Cooper, quien era el pastor de la iglesia principal de Connybridge un pueblo cerca Haystack Hill. Cuando regresaba de la escuela, era obligado a memorizarse capítulo por capítulo la biblia, pero en realidad esto nunca le molestó ya que su madre siempre lo acompañaba, mientras le enseñaba con un amor incondicional. Una vez terminó la preparatoria se marchó de Connybridge para empezar su carrera policiaca, algo que nunca le gustó al pastor, quien esperaba que su hijo siguiera su legado como Aron siguió el legado de Moisés.

De repente ese recuerdo se esfumo para mostrarle el motivo del distanciamiento con su padre. Cuando Molly nació, él y su esposa pasaron por una gran preocupación al descubrir la anomalía en los ojos de su pequeña, pensaron que tal vez perdería la vista, la llevaron con más de veinte especialistas pero ninguno les había dado una respuesta positiva y cuando ya estaban perdiendo la esperanza conocieron al Doctor Benjamín, quien les explico que ya había visto un caso igual y que no creía que vería otro.

Les explico que la anomalía en los ojos de Molly era conocida como el síndrome de Alejandría; una mutación genética que era poco frecuente, donde los ojos del portador pasaban de un azul profundo a un violeta intenso, manteniéndose allí hasta la muerte de la persona, como era un caso poco frecuente no podía estimar cuándo durarían en Molly.

Esto llenó aún más de preocupación a los Cooper, pero el doctor Benjamín los tranquilizo al contarles que grandes personas a través de la historia habían tenido ese mismo síndrome. Nombró a varios físicos, filósofos, reyes y reinas hasta llegar a decir que se creía que Jesús de Nazaret los había tenido al igual que sus doce apóstoles. En un principio, Salvatore tomó todo eso como un insulto hacia Dios y hacia su religión pero después le agrado la idea de que su hija tuviera aquellos ojos, los que tal vez el hijo de su Dios tendría. No obstante, esta noticia no alegró al pastor Cooper quien le advirtió a su hijo de la grave blasfemia que estaba diciendo y le señaló que si seguía con eso, se olvidara que tenía un padre. Salvatore se distancio de su padre por varios años hasta cuándo Molly cumplía su quinto año y su abuelo Cooper setenta y cinco.

El teléfono de la sala sonó una y otra vez, pero el timbre se perdía con las risas y las carcajadas de los niños invitados a la fiesta. Mientras iba corriendo al baño a lavarse las manos para comer un trozo de pastel. Molly contesto una de las llamadas y al escuchar la voz de su abuela llamó inmediatamente a su padre quien tomó la llamada con nerviosismo.

Cuando su abuela terminó de hablar con él, vio como éste rompió en llanto, cayendo de rodillas contra el piso, sus lágrimas no dejaban de brotar por sus ojos, Molly corrió abrazarlo, diciéndole que todo estaría bien y luego de calmarlo un poco, corrió a llamar a su madre y a cancelar la fiesta. Los tres tomaron un vuelo a Connybridge y Molly conoció a su abuela en persona.

Salvatore no tardó en llegar a su habitación, su esposa estaba leyendo unos folletos para las vacaciones de invierno, Él detective comenzó a quitarse su pesado gabán, su placa, su pistolera con su arma y las puso sobre la mesa del tocador, se quitó las botas, los pantalones, y se puso una pijama de rombos, se recostó junto a su esposa, quien lo besó y apagó la lámpara que alumbraba la habitación.

—Tenemos una niña maravillosa. —Dijo Amanda mientras ponía su cabeza sobre el hombro de su esposo.

—Lo sé, espero capturar al asesino y olvidar este asunto para siempre.

—Así lo vas hacer.

Salvatore sintió como los labios de su esposa le rosaban la mejilla y al igual que su hija le daba la espalda perdiéndose entre las mantas.

En la oscuridad Salvatore intentaba conciliar el sueño, tal vez su hija le había dado un tiempo para descansar, la incertidumbre no lo dejaba dormir. Escuchaba como el viento golpeaba con furia su casa, chocaba de golpe con las paredes, tomaba de nuevo impulso y volvía a arremeter contra ella con un silbido largo y profundo.

Aunque las investigaciones no avanzaban en ninguna dirección, Salvatore estaba realmente preocupado por los asesinatos, sabía que pronto atraparían al asesino y que era poco probable que el sujeto se acercara a la hija de un policía. ¿y si lo hacía?, esta pregunta afloró en su cabeza mientras recordaba a todos esos niños y cómo les habían sacado los ojos. El asesino violeta lo habían llamado en el diario EL ESTANDARTE, donde se habían colado las investigaciones, y pronto el departamento de policía comenzó también a llamarlo de esa manera. El sujeto era un fantasma, una niebla que asesinaba a los niños y desaparecía como el aullido del viento. Aunque los casos de los siete niños habían ocurrido alrededor de un año, no había ninguna pista concreta que seguir, los periodos de tiempo entre uno y otro variaban de tres meses a cinco semanas o de tres días a nueve, nunca tenían un periodo exacto de tiempo y esto hacía mucho más difícil establecer un patrón de conducta criminal.

Por fin el sueño empezaba a recorrer sus pupilas haciendo cada vez más pesados sus parpados, se dio media vuelta y posó sus ojos en el reloj digital que para ese entonces marcaba las tres y treinta de la madrugada-

De repente un sonido lo hizo brincar de la cama, una entrecortada melodía no paraba de llamarlo, sonando sin detenerse y esperando ser atendido por alguien, Salvatore se puso de pie y sacó su teléfono celular del gabán, tenía dos llamadas perdidas, pero había otra que estaba entrando justo en ese momento.

—Habla el detective Cooper. Contesto de inmediato

—Detective Cooper, soy Ramírez., el ayudante del comisario en RockGreen. Llamamos a la jefatura de la ciudad y nos dijeron que usted era el encargado del caso del asesino Violeta. ¡Detective tenemos al asesino! hace una hora se entregó pero no puedo contarle mucho por teléfono, Al comisario le gustaría verlo lo más pronto posible ¿Detective cuánto tardará en llegar?

—Entiendo, estaré allí en seis horas. —Salvatore sintió un alivio al escuchar esa noticia, sentía que su pequeña estaba a salvo.

—Nos vemos en la comisaría detective, me agrada mucho que podamos resolver este caso junto. Hasta pronto.

La llamada se colgó y el pitido se hizo presente en el teléfono. Salvatore cerró su teléfono y lo guardó de nuevo en su gabán, se vistió rápidamente mientras su esposa levantaba su pulgar en símbolo de bien hecho. Salvatore salió de la habitación, se dirigió al cuarto de su hija, la vio dormir profundamente y en un débil murmullo, le agradeció a Dios que todo estuviera resuelto.

Bajó las escaleras, tomó las llaves de su auto, abrió la puerta de la calle y caminó hacia su coche. La nieve empezaba a golpearle con fuerza su rostro, el viento ya no viajaba con la misma fuerza que había sentido minutos antes, en cambio llevaba consigo grandes copos de nieve que lo hacían helar. La calle estaba totalmente vacía mientras la luna resplandecía en todo su esplendor. Subió a su coche y lo condujo a la calle principal, tomando un desvío con dirección a RockGreen.

El sonido del despertador retumbó con largas campanadas varias veces por un largo minuto, Molly se despertó sobresaltada, golpeando frenéticamente el mecanismo que detenía el reloj con forma de ornitorrinco verde... Pero su mano golpeó con tanta fuerza el mecanismo que este salió volando hacia el suelo sobresaltándola aún más, pues amaba ese reloj —Su padre se lo había regalado cuándo había sido promovida en la escuela—. Luego de revisar que todo estuviera bien con su reloj, se levantó rápidamente, se puso sus pantuflas y corrió hacia las escaleras para descender a la sala de estar, encendió rápidamente la televisión, puso el canal de las caricaturas y justo al encenderlo la programación del sábado mostraba una maratón de medio día de Phineas y Ferb; saltó de alegría. Se sirvió un poco de cereal en una taza blanca

con leche, tomó asiento en el sofá y empezó a comerlos sin vacilar. Sabía que su madre estaba durmiendo porque papá había salido muy temprano y no quería despertarla.

El primer capítulo de la maratón se trataba de cómo los chicos construían una montaña rusa por toda el área limítrofe, mientras su hermana viajaba del futuro para acusarlos con su madre y así detener la creatividad de sus hermanos. Aunque esto no terminaba bien para ella ya que volvería al pasado para detenerse a sí misma de delatar a sus hermanos, el sonido de un golpe en la puerta hizo que Molly se distrajera de la nueva hazaña de Perry el ornitorrinco, los golpes siguieron sin detenerse, eran golpes secos y prolongados.

Molly dejó la taza con el cereal sobre la mesa, corrió hacia la puerta para responder el llamado y cuando giro el picaporte para abrir, pudo ver un hombre alto con un gabán negro, sus hombros estaban llenos de nieve que se desbordaba en pequeños grumos blancos; llevaba sobre su cabeza un sombrero de copa como los utilizados por los magos en las fiestas de cumpleaños y una gruesa bufanda de lana cubría su nariz y su boca.

Aunque el instinto de supervivencia de Molly le imploraba que reaccionara, ella no gritó, miró fijamente los ojos del hombre misterioso intentando descubrir quién era y que buscaba tan temprano en la mañana. Repentinamente un terrorífico miedo empezó a crecer en su vientre, llegando hasta su garganta produciendo en ella una extraña repugnancia.

Los ojos del hombre no dejaron de mirar en ningún momento a Molly quien se había petrificado como un ratón bajo la mirada profunda de una astuta serpiente.

— ¿Tus padres están en casa, pequeña? —Pregunto el hombre.

Molly no respondió, la voz le resultó sumamente familiar, aunque esta era gangosa y no lograba entenderla con claridad.

— ¿Que pasa nena, te comieron la lengua los ratones?

Como si el hechizo al que se encontraba sometida se rompiera, la niña instintivamente cerró la puerta en la cara del hombre, pero este introdujo su pesada bota entre la puerta y el marco, luego puso su mano y la abrió con fuerza de un simple empujón. La pequeña tambaleo hasta caer al suelo.

—Al ver las lágrimas en tus malditos ojos, deduzco que estas sola en casa.

—El hombre dio un paso al interior de la casa, sacó un hacha de su abrigo y le dio un rápido golpe con el mango de madera en la cabeza de la

pequeña.

Molly sintió como sus ojos se cerraban pesadamente apagando las luces de su mundo, poco a poco una línea de sangre caliente bajo por su cabello hacia su frente como la corriente de un río que busca desembocar en el mar, mientras perdía completamente el conocimiento.

Molly levantó la cabeza para ver como la gran silueta del hombre bloqueaba el paso al viento que intentaba escapar de la noche, y trataba de quitarse la nieve que se posaba en la cima de sus hombros, algo que era imposible; ya que se había congelado en la espesa capa de pelo negro del abrigo.

—Después de esto solo faltaran cinco y por fin se callará. — Dijo el hombre mientras respiraba profundamente.

Violeta podía sentir como la pequeña transpiraba miedo, estaba tan latente en el ambiente que el asesino podía sentir como entraba por su nariz hasta sus pulmones, y lo excitaba. Ninguna de las otras víctimas lo había excitado tanto como la pequeña que se encontraba en el rincón, aunque a las primeras las había asesinado de una manera salvaje y brutal había ido perfeccionando su táctica, y sabía que asesinar a aquella niña lo llevaría al clímax.

Desplazo su mano al intentar recorrer la silueta donde antes se encontraba su brazo, quería encontrar la carne y el hueso que habían formado parte alguna vez de su ser; bajo su brazo y tomo un hacha escondida entre los arbustos.

—No es nada personal niña. —Dijo mientras levantaba el arma que brilló momentáneamente con la luz de la luna.

Molly miro fijamente al hombre, sus ojos estaban llenos de terror, pero aun así quería descubrir quién era el asesino violeta.

—No lo hagas por favor. — La voz de Violeta se volvió mucho más suave, como si fuera otra persona la que hablara.

—No tengo tiempo para discutir contigo ahora, este frío me está helando hasta la puta médula ósea.

—No más muertes por favor. —La voz empezó a rogar.

El asesino comenzó a maldecir y renegar contra sí mismo, era como si dos seres vivieran en un solo cuerpo, esta desesperación hizo que el hacha se resbalara de sus manos cayendo al suelo.

Molly mucho más asustada recordó el libro que a sus cuatro años le había pedido a su padre por su cumpleaños. En un inicio su padre se rehusó a regalárselo, argumentaba que no era un tipo de lectura para niñas de su edad, pero luego de tantas súplicas accedió.

El libro era una edición en tapa dura con su nombre grabado en letras doradas, que resaltaban a simple vista con el título del Hobbit de J.R.R Tolkien, en la portada se veía un gran dragón que custodiaba un tesoro. Molly lo descubrió en uno de los anaqueles de la librería nacional, donde su padre adquiría sus novelas policiacas. Tres meses después para navidad, su padre le regalo la trilogía del señor de los anillos. A la pequeña le había fascinado el mundo creado por Tolkien pero de toda su literatura sin lugar a dudas su libro favorito era el del Hobbit. En el libro, el protagonista cae a una cueva de trasgos y en ella se encuentra con un ser algo extraño y grotesco, para evitar ser comido decide retarlo a un juego de adivinanzas. Bilbo —El Hobbit—, resulta ser el ganador, pero esto descontrola a aquel ser quien empieza a cambiar como si tuviera a otra persona dentro de sí.

Molly veía como el asesino se tomaba la cabeza y emitía grandes gemidos, mientras su voz iba y venía en una tenue discusión.

—No sé por qué sigues admirando esos malditos ojos, no los soporto. Mira cómo nos ve, terminaré con la misión que madre nos entregó y por fin seré libre.

—Esto es un grave error.

—Cállate idiota. —Violeta voltio sus ojos hacia Molly llenos de demencia. Las lágrimas de la niña empezaban a brotar de nuevo de sus hermosos ojos.

Instintivamente Molly intento cubrirse los oídos, esperando que todo terminara—. Esta es la única manera que tienes para salvarla.

Violeta se inclinó y tomo el hacha, la limpio con el pelaje de su gabán que ya se había descongelado, se concentraba en no perder la cordura, no quería que el estúpido del contenedor tomará de nuevo el control de su cuerpo. La última vez que esto había sucedido, el sujeto había visto con horror la masacre que había perpetrado en contra de aquel niño que había secuestrado al salir de la escuela. El cuerpo de aquel niño estaba esparcido por todo el bosque, el hacha había cortado cada miembro del niño, y cada tajo había estado tan cargado de furia, que la sangre había llenado los troncos y las hojas de los árboles. Mientras su parte débil lloraba pudo retomar el control de su cuerpo, sabía que su misión como profeta era acabar con los trece herejes y con esto sería libre, las cadenas que lo ataban por fin serian rotas, del pequeño Rhodey solo había quedado un mal recuerdo, sus padres nunca reconocerían al niño quien

jugaba con papá al béisbol en las calurosas mañanas de los domingos después de ir a la iglesia.

— ¿Con quién hablas? —Pregunto Molly interrumpiendo los pensamientos de su captor

— Eso no te incumbe. —Respondió con violencia Violeta.

— ¿Por qué nos hace todo esto? — La voz de Molly había tomado un poco de confianza, al escuchar el murmullo de las sirenas y el motor de un helicóptero que se acercaban.

—Son cosas muy complicadas para ti; pero no te preocupes todo terminará muy pronto.

La claridad de la luna hizo que el rostro de Molly resplandeciera como si de la aparición de algo celestial se tratara, sus ojos violetas miraron fijamente al asesino que por un instante recordó a la hija de su otra personalidad que había muerto más de veinticinco años atrás, pero el ruido del helicóptero, lo hizo olvidar de inmediato el rostro de su hija muerta.

—No lo haga por favor. —Molly empezó a suplicar, necesitaba ganar un poco de tiempo.

—Te dije que te callaras. Ustedes tienen la culpa de todo esto.

Varias voces se escucharon a lo lejos, acercándose lentamente al puente. Violeta no vacilo de nuevo y levantó el hacha sobre su cabeza, está alumbró la soledad del bosque, mientras el primer grito de dolor interrumpió la tranquilidad de la noche. Poco a poco los árboles fueron los únicos testigos de cómo las ramas secas se cubrían de un rojo escarlata como si danzaran en un tétrico lienzo.